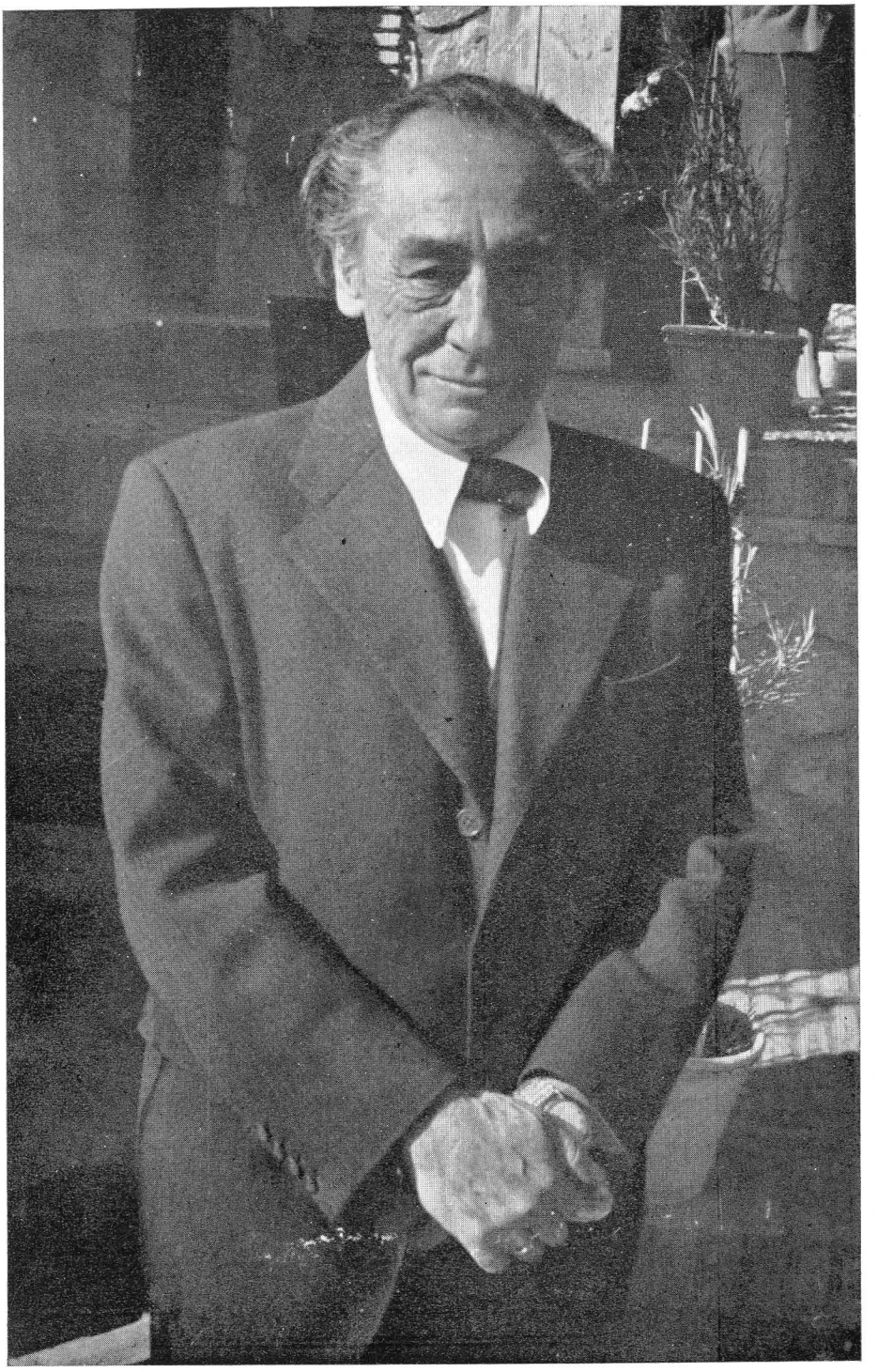
DON VICTORIO MACHO

POR

ENRIQUE PEREZ COMENDADOR



El escultor D. VICTORIO MACHO.

TRISTE cosa es ir despidiendo a los que precediéndonos queríamos y admirábamos. Son ya muchos los que nos tienden sus brazos desde la otra orilla. Brazos amigos, compañeros de Academia, artistas de personalidad tan destacada como Hermoso, V. Zubiaurre, Sotomayor, Benedicto, Clará, Capuz... se fueron en los dos últimos lustros, y poco ha Victorio Macho, el que con Clará y Capuz, con Inurria, Julio Antonio, Quintín de Torre, Mateo Hernández y otros iniciaron allá por los años veinte una renovación de la escultura española cara a las grandes tradiciones y a los nuevos modos europeos —entonces aún dentro del Arte— en busca de los valores escultóricos más permanentes y de secular vigencia. Va quedándose nuestro arte huérfano de aquella potente humanidad que es consustancial de la obra del espíritu.

Cuando el estío entraba en su plenitud, en una mañana cálida de julio, Zoilita, la esposa devota y entusiasta de Victorio, nos anunciaba desde Toledo el óbito del maestro y también el deseo de que sus restos mortales fueran acogidos unas horas en la Academia.

Instalada la capilla ardiente en nuestro oratorio, en él pasó Victorio su última noche entre nosotros, al amparo del Cristo de Leoni, que él tanto amaba. El Ministro de Educación y Ciencia, el Director General de Bellas Artes, ilustres personalidades y amigos, entre ellos D. Blas Pérez González, y buen número de académicos oramos ante el cadáver.

Muy de mañana, el 14 de julio de 1966, el cortejo fúnebre, en el que figuraban Zoilita y familiares, el Alcalde de Palencia, el gran amigo del escultor Sr. Melguizo y quien esto escribe, tomó la ruta de Palencia. Allí, en lugar principal del Ayuntamiento, estuvo expuesto Victorio, ya para siempre inmóvil, durante cinco horas. Ante el gran palentino desfiló ininte-

rrumpidamente, en conmovedora procesión, el pueblo, llorando al que salido de sus entrañas alcanzó gloria y creó obras que permanecerán en los siglos.

En la tarde tórrida, tras solemne funeral en la Catedral y seguidos de imponente gentío, el Director General de Bellas Artes, D. Gratiniano Nieto; las autoridades locales y provinciales, la Academia, por mí representada, y numerosos amigos devotos del artista, entre ellos Melguizo, Germán Calvo, Ramón Falcón, Mariano Timón, etc., subíamos la empinada cuesta del Otero acompañando por última vez a Victorio para darle tierra.

A los pies del colosal Cristo del Otero, en modesta ermita, donde él quiso, en plena Castilla, acogida su alma por aquellos brazos en cruz que él había labrado, yace el mísero cuerpo que no poca grandeza albergó.

Fue Victorio Macho hombre de elocuente verbo, duro, altivo y rebelde; escultor de raza, asentaba su obra sobre una tradición milenaria; aborrecía lo que hoy quiere imponerse como escultura: la chatarra, los bultos o esqueletos llamados espaciales y el anodino mimetismo de la escultura propiamente dicha. Ante esta banalidad, "intelectual irracionalismo" y modernidad a ultranza, presumía Victorio, castellano viejo, de tener quince siglos. Y reíamos cuando yo, con quince años menos, le argüía que por la frecuentación devota y amorosa de las viejas tierras de Egipto mi edad sería la de cinco mil años.

Véole, cuando en la primavera de 1966 nos alegraba, en mi casa, con paso ya vacilante, venciendo su flaqueza física, mas enteros su carácter y sus amores, detenerse ante cada escultura y acariciarlas con aquella su mano diestra que tan virilmente atacó la resistente materia penetrándola de carácter y espiritualidad. "Acaricio lo que me interesa", decía. Aquella mano, sus manos, de las que brotó abundante un manantial de fuerza escultórica, están ya inertes. No les faltará, está seguro, Victorio, esa caricia en la que te deleitabas a tus criaturas.

Contra toda apariencia, Macho era un artista delicado. Fraterno admirador de aquel "gran malogrado", como Victorio decía que fue Julio Antonio, dio muestras de ello en sus primeras obras: bustos parejos a los

del tarraconense, la estatua yacente de su hermano Marcelo, una de sus obras más conocidas y logradas, "novedad" juvenil que entronca con tantos nobles bustos que desde sus túmulos nos impresionan en nuestros viejos templos y catedrales; y aun en su gran estatua de Pérez Galdós en el Retiro madrileño, transida de emoción y ya en una línea de preocupación por la monumentalidad.

Era el tiempo en que Bourdelle y Mestrovich irradiaban su influencia con una modernidad que emanaba de fuentes antiguas. Macho, apto por devoción y temperamento, se sintió tocado por ella y su reciedumbre españolísima inició un camino largo y fecundo que se nos muestra ya en el monumento a Cajal y culmina en algunos de los numerosos conjuntos monumentales de varia envergadura que el artista produjo durante sus años de estancia en América española y que son decoro y prez de las ciudades en las que se alzan, en contraste con tanta ñoñez o pretencioso mamotreto escultórico como España ha enviado para ser erigidos en aquellas repúblicas hermanas.

Obras, las de Macho, robustas, construidas con planos y masas y de las que se eliminan el detalle y la anécdota, todo cuanto el escultor consideraba superfluo, en busca de una síntesis elocuente y solemne, lo que en verdad cuadró muy bien a su nombre y a su vena de austera castellanía, labrándose así una personalidad que llegó a ser inconfundible.

Los años fueron haciéndole poderoso y grave, un punto retórico y tan lealmente vocado a su arte que nunca el afán de lucro le hiciera claudicar o recurrir a trucos fáciles. Riguroso consigo mismo, aunque persuadido del propio talento, se afanó siempre en pos de la pureza de su obra.

Hombre de escogidas lecturas, amigo de escritores y muy particularmente de aquellos altos espíritus del 98: Unamuno, Valle-Inclán, Zuloaga, Solana, los Baroja, Winthuysen, Juan Ramón..., a los que frecuentó y aun a algunos retrató. Sentía especial predilección por sus paisanos Jorge Manrique y Alfonso Berruguete, cuyo monumento, en Palencia, es una de sus últimas obras. De ello se infiere que su talento se vertiera también en páginas de buena prosa y elevada inspiración. Estos últimos años escribir era su ocupación primera.

No obstante el escultor obraba todavía y soñaba. "Quisiera —decía— que Dios me concediera aún dos años de vida." Sus sueños, criaturas hispánicas siempre —monumento a Rubén Darío y monumento al médico rural—, no tendrán ya realidad tangible.

Pese a sus años y a su disminuida fortaleza, magro y nervioso, no abandona el combate con la existencia y con la noble materia, que es la vida del escultor. Sobreponiéndose acudió meses antes de morir para depositar su voto en la elección académica de su amigo, nuestro amigo, Jacinto Alcántara. ¡Qué profunda emoción denotaba su ya débil voz cuando desde Toledo me llamó para comentar aquella trágica muerte! Fue nuestra última conversación.

Tuvo Victorio Macho una alta y religiosa idea de lo que el Arte es. En la *Meditación sobre mi testamento,* que éste incluye, dice: "El verdadero Arte es la humilde y ardiente plegaria que nos eleva a Dios. El nos la inspira y por eso le presentimos y amamos..." "Por el Arte se alcanza la inmortalidad." "Por el Arte se siente a Dios y a El se llega." "Dios es el Máximo Artista y Supremo Creador." "Bienaventurado aquel que sea digno de llamarse su discípulo, porque no morirá."

Este testamento, que hemos tenido el honor de leer completo ante el pleno de nuestra Academia, es ejemplo de previsión, de noble amor por sus esculturas y de patriotismo. Por él lega a España, a la que amaba con honda pasión, en Toledo, junto con la casa que en Roca Tarpeya se hizo construir por nuestro ilustre compañero Secundino Zuazo, casi toda su obra, con prohibición expresa de reproducir las que él más estimaba, y por tanto de comercializarlas. Establece una fundación y nombra un patronato en el que se cuida de incluir con adecuada representación la autoridad de nuestra Academia. Zoilita, su esposa, que a su cuidado y auxilio se entregó en vida y que venera su memoria, será quien cuide también su obra y dirija el museo mientras viva.

Sean estas líneas conmovido tributo de la Academia y mío al gran escultor, al compañero y al amigo ido.